



## QUIMERA

### NOVELA POR ENTREGAS

por Antonio Moreno Álvarez

## Capítulo 9

### Descansa en paz

Me puse a trastear en uno de los terminales principales de la nave, buscando sintonizar alguna central de imágenes. Encontré la Central de Información del Orden. Después de tanto años sin ver a esos palurdos y ahora no me importaba entretenerme viendo su bazofia. Creo que estaba a la mitad de un boletín de noticias. La imagen era elocuente, el presentador de pie iba señalando en los esquemas holográficos que iban apareciendo a su alrededor, serio, seguro, con voz grave, como si el enviado de algún dios nos estuviera revelando “la verdad”.

“El presidente del National Texas Front (NTF), Dr. Xabier Kingstone, más conocido como “Dr. Xabier” garantizó ayer al jefe del Orden Central, Jang Mink An-Lein, que el proceso de paz que se vislumbra, tras la tregua anunciada por la banda terrorista T-FREE, estará absolutamente separado de la negociación político-económica en la que los representantes del Orden Central y Local aborden el futuro de Texas.”

-Todavía siguen con eso –pensé moviendo la cabeza-. El-Abuelo diría algo así como que siempre tienen que mantenernos distraídos con algo aparentemente grave y profundo, para que no miremos adonde hay que mirar -¿Dónde estará ahora el viejo? Sólo espero que esté bien y que pronto todo esto se olvide.

“La píldora \*abortiva del pensamiento negativo\*, como se ha dado en llamar a la UR-117486, fue aprobada por unanimidad el pasado julio en el Congreso Central de Farmacología y podrá ser utilizada legalmente como un fármaco alternativo a la intervención biogenética para interrumpir



legalmente los pensamientos más negativos. Este euforizante sintético, creado gracias a las técnicas de gravedad cero de la estación orbital, estará disponible en cualquier oficina del Orden Local. El Departamento de Sanidad Global dio su visto bueno y se pondrá a la venta el próximo verano. Esta píldora tendrá previsiblemente una influencia psicológica muy diferente en todo lo que concierne a los pensamientos negativos y antisociales, al resultar menos traumática para el enfermo. Además, su coste es menor que las técnicas biogenéticas usadas hasta ahora. Este fármaco ya se utiliza en el África Unida, Sirikistan, Le-France y Nepal. La Nueva Iglesia de Roma ha dado su beneplácito a esta píldora instando al Orden a agilizar su introducción y producción en todo el mundo.”

“Tiene sólo 13 años y ha sido condenado a cadena perpetua. Michael Boon está acusado de haber asesinado con sus propias manos a Jay Jay Kennedy y haber causado graves heridas a su esposo Jacques Kim. En el barrio de Roalid, en Megadelhi. El muchacho, que era amigo del matrimonio, sorprendió a la pareja en su propia casa el pasado viernes. Aún se desconocen los móviles, ya que en todo momento el acusado permaneció en silencio, sin pronunciar una sola palabra. Algunos han afirmado que el joven tenía un implante defectuoso, pero fuentes oficiales han desmentido este hecho”.

Me estaba quedando adormilado, el cielo seguía gris y homogéneo, las nubes de vez en cuando pasaban por entre la nave, no sabía cuánto tiempo duraría este viaje guiado que me había organizado el skinny y me dolía un poco la cabeza cuando algo en el monitor que me llamó la atención.

“... Entrevistas realizadas por esta Central en el día de ayer, un nuevo mensaje a ese saboteador de nuestras redes de información y bienestar social:

Estados Globales Asociados  
Servicios Estándar de Información  
Difusión Global

Phillippe “Anade”, 49 años, Oficial Mecánico de Robots de Limpieza

-¿Qué opina usted del skinny, del que llamamos “skinny amarillo”, que ha saboteado las redes?

-¿Por qué me pregunta eso? ¿Quién es usted?

-Estamos llevando a cabo una encuesta.

-¿Para los Informativos?

-No, es un sondeo informal en el que se omitirá su imagen y código personal.

-Mire, yo no sé nada de todo ese lío que se traen...

-¿Pero tendrá alguna opinión formada, no?



- Me parece raro que no lo hayan pillado ya.
- ¿Cree que el Orden está haciendo todo lo posible por cogerle?
- Sí, claro, supongo que sí...
- ¿Lo supone?
- No, no, estoy seguro de que estará haciendo todo lo posible.
- ¿Por qué cree usted que está haciendo eso el skinny amarillo?
- Está claro, ¿no? El tipo está loco, como una cabra.

Anthony Frakes, 30 años, Suboficial Pacificador Distrito Chino

- ¿Qué opina usted del skinny que ha saboteado las redes?
- Esto es para los Informativos, ¿verdad?
- No, es un sondeo informal en el que se omitirá su imagen y código personal.
- No, no hace falta, pongan lo que quieran, no tengo nada que ocultar. Verá, yo creo que pronto pillaremos a ese... a ese loco que lo único que pretende es destrozarnos todos los beneficios de la vida actual, las comodidades que ha obtenido el hombre moderno...
- ¿Cree que el Orden está haciendo todo lo posible por cogerle?
  - Por supuesto, la única forma de contrarrestar un ataque es con otro ataque.
- ¿Por qué cree que está haciendo todo eso ese skinny?
  - Pues porque es un malnacido que está completamente loco, no tiene más que ver los holovideos que envía saboteando la red. La red es un bien de todos y no tiene ningún derecho a meterse donde no está autorizado.
- ¿Qué cree que pasará cuando sea detenido?
  - Juicio rápido y a la cárcel de por vida, eso como mínimo.
- ¿Y los rumores de los cómplices que parece tener?
  - Bueno, sólo sé lo que se emite por los boletines. Pero las calles son un verdadero caos, aquí en Shing-Uhan todo está colapsado, la gente no puede ir al trabajo, las máquinas que no estaban diseñadas para usarse con teclado...
- Gracias.

Ikant "Kerko", 26 años, sin profesión, interno en la prisión estatal de Sigrid, Suecia.

- ¿Por qué saboteó usted los lavabos automáticos de su ciudad?
- Ey, ya estoy en prisión, ¿no? ¿Qué quieren ahora?
- Usted también es un skinny, ¿no?
- Era, era... Ahora estoy aquí y ya ve...
- Usted pertenecía a un grupo revolucionario de Noruega, ¿verdad?
- Sólo queríamos, y queremos, un mundo mejor.
- ¿Qué opina del skinny?
- Es un cabrón que os va a meter el sistema por el...



- ¿Qué le pasa al sistema global actual?
- ¿Que qué le pasa? Le pasa que es una mierda, eso es...
- Conteste sin temor.
- ¿Temor? Ya qué más me puede pasar, bueno... todavía se me puede "recuperar para la sociedad" con uno de esos chismes que ahora están tan de moda. Le voy a decir una cosa, sólo una cosa: No puede haber revolución total, sólo revolución permanente. Como el amor, es el placer fundamental de la vida.
- Ajá, ésa es una de las frases usadas por el llamado skinny amarillo, ¿qué cree que quiere decir?
- Oye, tío, ¿tú eres imbécil o te pagan por serlo?

Cambié a alguna central de imágenes de paisajes. No tenía más ganas de seguir escuchando las noticias del Orden.

-Así que comienza a tener en jaque al sistema –pensé distraidamente mirando el cielo plomizo.

El pequeño carguero comenzaba a descender ligeramente. Me preguntaba cómo demonios estaba evitando la vigilancia aérea. Miré en la consola táctil por si veía alguna indicación, pero para mí todo era chino. Uno de los monitores estaba dando todo el tiempo una retahíla de coordenadas, otro tenía un gráfico de barras en colores que iba cambiando cada dos segundos, en fin, nada que me aportara la más mínima información. Sabía que estábamos volando a unos doscientos o trescientos metros de altitud, al estar tan nublado no podía seguir pensando que nos dirigíamos hacia el suroeste, ni siquiera sabía hacia dónde me llevaba el skinny. Sólo había dos opciones, una era que me llevara hasta él, la otra que no me llevara hasta él. En el primer caso, ya vería lo que hacía según fuera lo que me encontrara. En el segundo, también.

Las ligeras vibraciones que producía el carguero hicieron que me fuera quedando adormilado, eso y la agradable temperatura de la cabina. Esta vez no conseguí tener ningún sueño con imágenes claras, de hecho no podía conciliar el sueño. Estaba en ese duermevela extraño, como cuando estoy extenuado y deseo descansar pero el cuerpo no me lo permite. Lo que por fin consiguió despertarme fue un brusco cambio de dirección. Parecía que las nubes empezaban a quedar atrás. Estaba en alguna zona rocosa y algo más verde. El carguero iba rozando los riscos y había veces que me encogía en el asiento, pensando que iba a chocar con algún saliente; hasta que por fin salió de las montañas y se vio el mar. Al fondo, unos rayos de luz se filtraban por entre las nubes, hacía muchos años que no veía algo así, me invadió una sensación extraña de bienestar que me recordó una canción con tanta claridad que comencé a tararearla, como si las cosas que había vivido en los últimos días no significaran nada, no había peligro ni miedo,



sólo el deseo de seguir mirando los haces de luz entre las nubes y la sensación primitiva de cantar.

Mientras canturreaba lo mejor que recordaba la canción, el carguero pareció suspendido en el aire como de un hilo invisible durante unos segundos, hasta que comenzó a bajar verticalmente. Seguía mirando el cielo al fondo, las nubes, la luz. El contacto de la nave con el suelo, el siseo de la puerta exterior y la bocanada de aire frío que entró en la cabina me devolvió a la realidad. Me froté los brazos con las manos buscando algo de calor. Como pude me quité el cinturón y salí al exterior.

Fuera, corría una fría brisa, el olor a mar me pareció extraño y extraordinario a la vez. Me subí el cuello de la camisa y me quedé un buen rato mirando la gran mancha verdiazul y el cielo, notando el frescor del aire que venía del mar. El suelo era de roca parduzca y estaba manchado de musgos de colores por todas partes. Avanzaba lentamente, algo entumecido por el dolor y de vez en cuando me tocaba la frente para ver si sangraba a través del fibro. Rodeando el risco donde había tomado tierra la nave, había un buen número de árboles que impedían la visión de lo que había más allá. Me encontraba en medio de ninguna parte, hacía frío y pronto atardecería, así que me puse a andar hacia la arboleda. Mientras caminaba lentamente entre los árboles, doblados por el continuo viento que debía soplar en la zona, pensaba que el lugar donde quedó el carguero debía quedar bien oculto de todas las miradas, tanto desde el mar como desde tierra adentro y que quizás por eso lo había dejado allí el skinny, pero dónde estaba y qué hacía yo allí. Tras cruzar un buen tramo entre árboles y arbustos, que no había visto en mi vida, vi a un lado un sendero que parecía bajar.

Caminaba moviendo las piernas con sumo cuidado, evitando ir rápido para no sentir punzadas del dolor; al cabo de un buen rato, llegué al nivel del mar. Estaba cansado, la frente me palpitaba con un suave y constante dolor, la zona de los intestinos me dolía también aunque miré si sangraba y todo parecía estar bien. Me senté a descansar y miré a mi alrededor; había una pequeña cala con el suelo lleno de redondeadas piedras negras del tamaño de un puño. La cala tendría unos cincuenta o setenta y cinco metros de costa, a ambos lados sólo había riscos de piedra. Me levanté y me acerqué al agua para tocarla. Estaba fría. Aquí el aire soplaba algo menos, pero no podía quedarme toda la noche a la intemperie, busqué con la mirada alguna señal de algún camino. A mi espalda, en el mar, oí un resoplar y la caída como de un chorro de agua. Me giré y vi una cría de ballena. Estaba lejos, pero la veía perfectamente. Me la quedé mirando mientras se acercaba a la costa, lo justo para no quedar varada en el fondo marino. A su lado apareció otra, y otra... hasta un total de diez ballenas de distintos tamaños. Todas tenían el lomo negro azulado, la más grande de todas debía tener unos quince metros de largo. Me acerqué todo lo que



pude al agua y no daba crédito a lo que veía. Me senté en el suelo y comencé a reír pensando qué demonios hacían estos animales aquí y en el pobre Zeus en aquella cárcel de agua.

Mientras miraba las ballenas, vi que a un lado de la cala, apenas visible, había un pequeño sendero de piedra entre las rocas. En cuanto me dirigí hacia él, las ballenas me siguieron a una distancia prudencial, levanté la mano y las saludé. Me daba cuenta de que aunque yo no tenía costumbre de valorar las cosas de la olvidada naturaleza, me sentía muy bien allí, con el aire frío, el mar y las ballenas. En cuanto rodeé un recodo vi que el sendero terminaba en una construcción que quedaba a cubierto entre otros riscos coronados por arqueados árboles.

La casa, o lo que fuera, tenía forma de domo, estaba construida con rocas del mismo tipo de las que había a su alrededor. Parecía una obra elaborada, diferente, extraña. No tenía ventanas que yo pudiera ver y no parecía tener puertas ni nada parecido. Desde el mar, parecería un trozo más de roca. Cuando estuve a su altura, vi que era una obra de aspecto tosco, pero trabajado, las piedras estaban apiladas unas encima de otras de modo simple, pero formaban una especie de cúpula apoyada sobre el suelo. Al rodearla, vi que había un arco formando una entrada en la parte trasera. El perímetro del domo tendría unos quince metros aproximadamente.

-¿Debo seguir con esto? –me pregunté cuando estaba en la arcada de acceso al interior. Encogiéndome de hombros, entré al darme cuenta que ya tenía muy poco que perder.

Su interior estaba vacío, iluminado tan solo por la luz que se colaba por el arco de entrada. Recorrí la estancia, comprobando que tanto el suelo como las paredes estaban construidas de las mismas piedras pardas del entorno. Aunque el suelo era plano, tenía algunas irregularidades producidas por la propia construcción y en el centro había un pequeño apilamiento de piedras.

-Al menos me servirá de refugio para pasar esta noche –pensé sentándome en el suelo.

La piedra estaba fría. Ni siquiera me dio tiempo a calentar la zona donde me había sentado cuando las piedras apiladas en el centro comenzaron a subir y caer como un manantial. No entendía cómo podían salir así las piedras y además en la cantidad en la que estaban saliendo. Me puse de pie y vi que habían salido más de cuatro veces el número de piedras que se veían a primera vista. Cuando el manantial de piedras dejó de “fluir” entendí el mecanismo, una especie de émbolo embutido en la roca las había hecho subir desde el interior. Ahora se veía una plataforma de metal redonda, de



un metro de diámetro, a la altura del suelo. Un ascensor. Sin dudarlo, me puse encima de la plataforma de metal y justo cuando puse pie en ella, comenzó a bajar. Descendí por un oscuro túnel unos cinco o seis metros. Al final, veía otro túnel excavado en piedra que se extendía frente a mí. Unas pequeñas luces cuadradas iluminaban el sendero. Me dirigí hacia el túnel, siguiendo la línea de luces de color ámbar. La zona excavada en la piedra dio paso a un pasillo metálico, de color azul grisáceo, de aspecto antiguo. No es que estuviera oxidado, simplemente parecía antiguo. A mis pies, una rejilla metálica me separaba de un laberinto de tuberías de gran tamaño que quedaban a unos diez metros por debajo de la rejilla que me separaba de ellas. Mis pasos sonaban metálicos, huecos; me daba un poco de vértigo mirar hacia abajo, por suerte el fondo no estaba bien iluminado, por lo que no podía distinguir bien la caída. Algo me hizo click en el cerebro, como un recuerdo que nunca hubiera tenido en la mente y el viejo Deckard volvía a la vida, no sé por qué, ni cómo. Analicé la situación a mi manera, si el skinny sabe que estoy aquí, debe estar siguiendo todos mis pasos, así que hagamos algo para entretenerlo.

-Seamos impredecibles humanos –pensé sonriendo. Busqué una esquina entre los infinitos pasillos, me senté en el suelo, me puse lo más cómodo que pude y me dispuse a esperar. Pensé que debía, de alguna manera, volver a retomar el control de la situación, aunque fuera poco el que hasta ahora había tenido. Mientras me repetía una y otra vez con decisión que debía volver a usar el cerebro y la lógica ahora que ya, de alguna manera que no llegaba a entender, había vencido gran parte del miedo a morir, el Deckard que se me mostraba mientras miraba en mi interior parecía más fuerte, más seguro. Mientras pensaba en ello, se me ocurrió que sí sabía cómo se había producido ese sorprendente cambio, esa pérdida de miedo a morir. Y no se había producido sin pagar un precio en vidas humanas, un alto precio.

-Siempre le has tenido miedo a la muerte, ¿eh, Deckard? –me dije entre dientes sonriendo con un ligero movimiento de los labios.

Valorándolo ahora, era como una tenaza o una neblina en alguna parte de la cabeza, algo así como un mecanismo mental de bloqueo que ahora había desaparecido, como si una densa nube hubiera estado llenando siempre el pensamiento. Esta sensación de “frescor” interior, indefinido, ilocalizable en ninguna parte del cerebro, me llenaba por completo, mis pensamientos seguían siendo los mismos, seguía siendo el mismo, pero ahora el pensamiento era más “rápido”, más transparente incluso hasta para mí. De golpe había sentido entre las tripas una sensación nueva, frescor e increíble libertad.

Al rato de esperar, comencé a oír unos pasos, que con el eco de los pasillos,



era incapaz de saber de dónde provenían. Me mantuve sentado cómodamente en el suelo. Los pasos resonaron muy cerca, al fondo, justo al lado de la esquina derecha. Me puse en pie de un salto. Al final del pasillo apareció una figura masculina en sombras. Era un hombre alto, de gran complexión. No podía verlo bien pero estaba inmóvil, con los brazos caídos. Podía notar un brillo intenso en la mirada, o me lo imaginaba, ya que su cara quedaba completamente a oscuras. El hombre corpulento avanzó hasta la luz, era una persona de aspecto impresionante, fuerte, alto, calvo, de mirada penetrante. Tenía la piel muy clara, casi de cera, aunque se le notaban una serie de manchas de color rojo oscuro en la piel en forma de semicírculos. Llevaba una camisa azul y un pantalón negro, unas botas de aspecto recio y desgastadas, y guantes. La mirada fija en mí, los labios apretados y los puños cerrados.

-Tú dirás, amigo, ¿y ahora qué hacemos? –dije a la silenciosa figura. Esta, sin mediar palabra, se dio media vuelta, y comenzó a andar. Miraba hacia atrás como pidiendo que lo siguiera. Tras recorrer un complicado laberinto de pasillos, acompañado de mi silencioso guía, llegamos a una sala amplia, limpia y poco iluminada. En una esquina había un tanque de acero azulado de unos dos metros de diámetro y tres de alto. De la parte superior salían una infinidad de cables y bioterminals que iban a conectarse a un panel plano de la pared. El panel, a todas luces, era una terminal de conexión a la red, pero era de un tipo que no había visto nunca. El silencioso hombre corpulento se dio la vuelta y se marchó por donde había venido, dejándome solo. Me acerqué al terminal, pero no encontré ni un solo mecanismo de entrada de datos, ni teclado, ni keyvoz, ni nada parecido. Luego eché una mirada al cilindro de acero, tenía algún sistema de entrada y salida de un líquido.

-Vale, skinny, ¿qué quieres de mí? –dije mientras miraba a mi alrededor, esperando localizar alguna señal de él. De un panel plano, sobre la supuesta consola, se oyó la inconfundible voz del skinny y su imagen apareció en uno de los monitores del frontal de la pared.

-Conocerte.

-¿Estás por aquí, en alguna parte, verdad?

-Estoy en todas partes.

-Megalómano, esto se acaba y tú lo sabes- mientras hablaba, buscaba una manera de desmontar uno de los frontales del sistema electrónico de la pared, para acceder a los circuitos-. ¿Y quién era el tipo grande y calvo?

-Ahí sólo encontrarás los sistemas de mantenimiento –contestó el skinny sentándose en una especie de sillón virtual con el fondo negro y una luz cenital que le daba un aspecto dramático a la escena.

-Bien, pues eso es lo que voy a desmontar... –dije con tono decidido.



El skiny se acercó al monitor, como si quisiera mirar lo que estaba haciendo, su burlona y congelada sonrisa sobre el fondo amarillo de la cara me ponía muy nervioso.

-Beraldo, uno de mis ayudantes, una buena persona. Pronto nos dejará, el Sarcoma de Kelly no perdona.

-Así que hasta tienes gorilones ayudantes, qué gracioso... -contesté mientras seguía buscando alguna manera de acceder a los circuitos-. Supongo que tienes mucho que contarme, ¿verdad? -dije mientras buscaba algún resto de metal que me sirviera de herramienta para hacer palanca.

-Todo a su debido tiempo.

-De nuevo el misterioso skiny. Me aburres, amigo. -mientras rebuscaba en el suelo de la sala algo que me sirviera, encontré un trozo de metal que podía utilizar a modo de destornillador.

-Para recordar hay que recordar, ¿quieres poner en marcha la máquina del recuerdo, a diez años atrás? ¿Estás preparado? -preguntó el skiny bailando como una marioneta graciosa e infantil.

-¿Para qué? -respondí malencarado.

-Para viajar al infierno.

-¿No podías ser un poco más específico y menos enigmático? La última vez me costó entender el maldito mensaje en clave.

-Persevera, Deckard, cada vez tardas menos, cada vez te acercas más a mí. Debemos escuchar los primeros compases y los últimos para entender una pieza musical completa. Prefiero que seas tú quien descubra lo que pasó, es más... -dijo el skiny abriendo los brazos y saludando agachando la cabeza.

-...Dramático -repliqué cortándole en tono irónico, mientras intentaba sacar los remaches de uno de los paneles que me parecía más débiles.

-Conveniente -apostillo él-. Tengo para ti una bonita canción preparada, una canción llena de miel y de hiel. La tengo en un holocubo, pero tendrás que escucharla en otro sitio, yo tengo que atender a unas visitas.

-¿Visitas? ¿Aquí? No me hagas reír -dije en voz alta mientras detenía mi actividad, algo confundido.

-De eso se trata, de hacer reír, o es que no me ves la cara -dijo el skiny acercándose mucho a la cámara virtual y mostrando un primer plano de ella-. Además, son mis invitados. Coge el holocubo y ve al teatro.

-Un momento, ¿de qué hablas, qué holocubo...? -pregunté dejando mi arduo trabajo de intentar abrir alguna parte del panel.

-Vamos, Deckard, sobre el grabador -dijo el skiny señalando en una dirección desde la pantalla plana en la que se le veía.

Encima de un grabador multiformato había un holocubo de cristal azulado transparente. El aparato era un modelo que no conocía, parecía un cacharro robusto y sofisticado, en uno de estos se podía grabar información digital en casi cualquier soporte, eran una maravilla. Cogí el cubo y me lo guardé en



un bolsillo.

-Vale, dónde lo puedo ver, aquí no hay ningún reproductor –dije mirando a mi alrededor, intentando buscar algún aparato que me permitiera ver el maldito cubo.

-Ve al teatro.

-Mira, de aquí no me muevo, así que tú verás.

-Podría obligarte de mil formas diferentes, pero prefiero que vayas de buen grado, es mejor –dijo el skinny transformando el fondo virtual en el que se mostraba en una especie de reproducción del infierno de Dante-. Tres preguntas, si las contesto harás lo que te pido.

El fondo se había transformado en un paisaje de aquel videolibro, cómo se llamaba, Las Mil Noches o algo así, pero reconocía la estética de cuando era un chaval y mi padre me llevo a un representación holográfica donde se recreaba ese ambiente y se veía aquello del genio en la botella.

-Mira, no sé por qué tendría que jugar a tus juegos.

-Gas tóxico en el sistema de ventilación, mi ayudante es mucho más fuerte que tú, inundar la sala de electricidad electrostática, hacer que un transporte aéreo choque contra donde tú estás.

-Vale –contesté mientras me rascaba la cabeza pensando si sería capaz.

-Sabes que lo haría –dijo como si me hubiera leído la mente, mientras se sentaba en una alfombra voladora sobre un cielo azul de cuento, entre torres de esa ambientación fantástica. Parecía tan surrealista, ver esa imagen y saber la decisión y el poder que me transmitía, era un contrasentido. Pero pensé que sería mejor apretarle un poco.

-No tengo miedo a morir, ¿y tú?

-Eso está bien, Deckard, ya es un paso. Tres preguntas.

-¿Tres deseos? Como en el cuento...

-No dispones de mucho tiempo. Si puedo hacerlo lo haré, tú decides, o preguntas o \*deseos\* -marcando el tono humorístico en esa última palabra, como si se riera de mí.

Pensé todo lo rápido que pude, intentando formular las tres preguntas más amplias y convenientes, para obtener lo más posible con la petición mínima.

-Está bien, primer deseo. Quiero que El-Abuelo y Eve estén conmigo en el teatro, sea eso lo que sea.

-¿Estás... seguro? –dijo acercando mucho la cara a la pantalla. Lo dijo con cierta calma, como si tuviera otro sentido diferente al que las palabras tenían.

-Sí.

-¿Es ésa tu segunda pregunta-deseo?

-No, joder... ¿lo haces o no? –respondí maldiciendo de palabra y cuerpo.



-Vale, ellos estarán en el teatro. Y aunque reconozco que tenía otros planes, pero sea. Segunda.

-¿Por qué me has buscado a mí para este embrollo?

Durante un instante, la animación de la alfombra se congeló y el fondo también, el skiny se quedó mirando el monitor, con la mano en la cara como si pensara.

-Bien, seré breve, la información completa la tienes en el holocubo. Una pequeña parte de mi cadena genética es la tuya. No pidas más detalles, no disponemos de tanto tiempo. Tercera.

Por un instante resonaron las palabras que había dicho el skiny en mi cabeza. Como cuando lees una y otra vez una frase de un libro y no eres capaz de pasar a la siguiente. Me quedé sin pensar y pensando a la vez en lo que acababa de decir y no acababa de entender su significado o sí, no sé. Tuve que parar el bucle de pensamiento para poder seguir con este absurdo. Intenté no mostrar ninguna emoción, pero supongo que sin querer se me había congelado la cara, la sonrisa, los ojos, las cejas...

-Deckard, tercera.

Me había quedado tan desconcertado que hice la pregunta más estúpida que nadie habría hecho nunca en estas condiciones.

-¿Son tuyas las ballenas de fuera?

-Bueno, poseer un animal no es uno de los principios que mantengo, digamos que he ayudado a que pudieran crecer y multiplicarse. Eso es todo. Adiós, Deckard.

La imagen en la pantalla cambió mostrando un gráfico en tres dimensiones, donde se veía el camino a seguir desde la sala hasta donde estaba el vehículo aéreo. El lapso de tiempo que medió entre mi salida del silo y el vuelo quedó borrado como si nunca hubiera existido, no recordaba nada, estaba tan ensimismado con lo que había dicho el skiny y con el contenido del holocubo que no fui capaz de pensar en nada más. Sólo cuando uno de los monitores de la nave se iluminó, mostrando la sala del silo en la que había estado, fui consciente de dónde estaba.

-¿No te parece que estás viajando demasiado para no ir a ninguna parte? –pensé con fuerza, tanto que ni siquiera sabía si lo había llegado a formular con palabras.

Apreté con fuerza el holocubo y lo saqué del bolsillo para mirarlo. En la pantalla del carguero se veía una imagen fija de la sala donde había



hablado con el skinny, ni un atisbo de movimiento por ninguna parte, hasta que de pronto un grupo de pacificadores, irrumpió en la sala armados hasta los dientes y con el uniforme completo de combate, pude contar unos veinte apiñados en la sala, comprobando que no hubiera nada ni nadie. Finger hizo su aparición cuando se le informó que el lugar estaba asegurado. Se dirigió al tanque de acero y le habló.

-Bueno, amigo, se te acabó el paseo –dijo Finger en tono muy despectivo.

La pantalla se iluminó y mostró la cara del skinny.

-“Como las rosas al caer, como un beso dorado, como todo lo que puede doler, como la ira del soldado. Las miradas brillan en la noche, la historia empieza y termina, el cielo se vuelve amarillo, dando paso a mi ira. Justa y necesaria.” Esto es un fragmento de la obra dadaísta de Pierre Voisier.

-Déjate de cho... –comenzó a decir Finger, pero en ese instante la pantalla se volvió negra, como si la hubieran desconectado. No volví a recibir imágenes del silo en todo el resto del viaje. De hecho, deseaba que todo el viaje fuera en silencio, pero mi mano conectó con alguna central de imágenes.

“...El humo de los recicladores de desechos causa en las ciudades el doble de muertos que los asesinatos diarios de una gran metrópoli. La OPU acepta que no se reducen las emisiones que crean el efecto invernadero. Ya se están tomando medidas urgentes para...”.

Cambié de central de imágenes, aburrido como estaba del mismo parloteo que cada cierto tiempo asaltaba los medios de comunicación. Mientras trasteaba en el sensor de búsqueda de cadenas, no pensaba en nada, veía pasar las imágenes como si no estuvieran, al cabo de un rato lo dejé y me puse a dormir, una de las cosas que más me gusta hacer. Hasta que mucho tiempo después divisé la bruma de la ciudad, Novahispalis, estaba de nuevo en casa, aunque ahora eso no significaba demasiado. El carguero se posó entre los restos de una casa en ruinas, a las afueras, la puerta se abrió y salí rápidamente, esperando que volviera a alzar el vuelo; pero allí se quedó. Mientras me alejaba de la zona, miraba de vez en cuando por si despegaba. Llegué a una carretera y comencé a andar en dirección a la ciudad, no había tráfico ninguno desde el “apagón” del skinny, así que era muy agradable andar sorteando de vez en cuando vehículos inmóviles, dejados donde se habían quedado. Por lo demás, el silencio era agradable, sólo a veces se oía el sonido de un transporte aéreo, sobre todo taxis. En el camino fui pensando en lo que debía hacer, no podía ir a casa,



quería cambiarme, ducharme, limpiarme las heridas, comer algo y ya con fuerzas buscar el "teatro" fuera eso lo que fuera. Si era verdad que Eve y El-Abuelo estaban en el teatro, ambas casas deberían estar vacías. Así que puse rumbo a la que estaba más cerca.

Mientras andaba, casi a marcha de paseo, notaba cierta mejoría en las heridas, la justa para andar algo más cómodamente y la frente me había dejado de latir hacía bastante rato. Me acordé del bioagente que me habían metido esos bastardos para eliminarme a distancia. No sabía si mi cambio de contraseña iba a durar mucho.

-Bueno, si te mueres es que no ha funcionado –pensé riéndome para mis adentros.

Mientras me dirigía al corazón de la ciudad, reconocí la zona por donde andaba y me acordé de mi amigo Kamal, y de cómo murió en una riña callejera con los del Frente de Liberación Blanca.

-Joder, y lo único que hice fue emborracharme por él, debía haber acudido al Recordatorio –pensé chasqueando la lengua-. Siempre me pregunté por qué eso de "liberación", maldito mundo absurdo. De golpe me acordé de Michelle y de su Recordatorio. No me gustaban demasiado esas cosas. Pensé en la primera vez que vinieron los del Seguro de Defunción a grabarme en holo para las pantallas del Recordatorio, debía tener unos diez años o así. Mi madre aprovechó para grabar alguna cosa antes de que me tocara a mí el turno, creo que ella leyó una poesía o algo así. Yo era muy pequeño y me dediqué a intentar cantar una canción, se acabó el tiempo y no pude completar el tema, porque no paraba de reírme delante de la cámara del holo.

-Debí haber ido al Recordatorio alguna vez -pensé algo sombrío.

No me gustaban las frías salas del Cementerio, donde cientos y cientos de monitores devolvían imágenes de los que ya no estaban con nosotros.

-Creo que el contrato que teníamos era de un minuto de grabación al mes - me dije algo preocupado de no haber prestado más atención a esos temas-. Eso hace unas nueve horas de imágenes y recuerdos de mi madre y otro tanto de mi padre y jamás fui allí. Me quedé algo triste al pensar que en el Recordatorio todavía quedaban fragmentos de la vida de mis padres, también pensé que ver nueve horas seguidas de cada uno de ellos me costaría un montón de dinero. Luego dejé de pensar.

La tarde caía cuando llegué al Edificio Circe. Me acerqué al portal y miré el teclado del video portero. No me acordaba del número de la puerta



ni tan siquiera de qué planta era y no tenía ganas de sutilezas, así que abrí el panel de la luz, uno que estaba encima del video portero, saqué un cable de corriente eléctrica marcado con un claro 550 en color rojo y lo acerqué a la placa de metal del teclado, el sistema se quemó con un fuerte chasquido. Volví a guardar el cable, para que no hubiera accidentes y empujé la puerta haciendo fuerza para vencer el sistema hidráulico. Cómo pesaba la condenada puerta. Una vez dentro, miré en el panel de direcciones. Planta 13, puerta 36.

Lo de la puerta de su casa ya sería más complicado, y tampoco llevaba mi descodificador automático, claro. Miré a mi alrededor y vi los detectores de fuego, en caso de incendio todas las puertas de desbloquean, abriendo un sendero de luces hacia las salidas de emergencia.

-¿Y qué hago, una fogata aquí en medio del pasillo? Además, el follón sería considerable y tampoco me conviene tanto jaleo ahora –pensé mirando intensamente a ninguna parte, como si así pudiera encontrar la solución. Al final del pasillo, vi una ventana que daba al exterior. También vi la video cámara de vigilancia que cubría esa zona.

-Lo primero es lo primero –me dije, pensando en que parecía que volvía a ser dueño de mi propia vida.

Arranqué una tira de tela de la camisa que llevaba, giré la cámara un poco forzando el mecanismo, y coloqué a modo de tope el trozo de tela entre el mecanismo de giro. Para cuando vinieran a reparar la cámara en este pacífico edificio yo ya podría estar en las antípodas. Con la cámara apuntado hacia otra parte, abrí la ventana y me encaramé al pequeño pretil de no más de veinte centímetros que había en la fachada de edificio. Estos pretil decorativos recorrían toda la fachada a diferentes alturas, como cintas de metal en los diferentes pisos de la construcción. Ahora el acerado pretil me parecía extremadamente pequeño, pero parecía que no tenía miedo, nada de miedo, el descubrimiento de esa nueva sensación de pérdida de pánico a la muerte me había transformado más de lo que quería sentir. Eso y que no miraba hacia abajo y pensaba una y otra vez: “En el suelo veinte centímetros es mucho”.

Por fin, llegué a la pequeña terraza que según mis cálculos era la de Eve. Una vez allí comprobé que ésta estaba cerrada. Nuevo problema.

-Si rompo el cristal, en caso de que pudiera romper uno de estos antibalas, la alarma saltará y entonces si que tendré a un montón de pacificadores husmeando por aquí –me dije mientras me agachaba intentando ser lo menos visible posible.



La cerradura era buena, de las magnéticas. Sin la llave, poca cosa podría hacer. Pero, a la derecha vi una ventana que estaba abierta. Sonreí para mis adentros y me encaramé otra vez en el pretil acerado. La ventana daba a su habitación, me quedé un instante mirando la sala, luego me encaramé dentro sin más. Una gran cama cubierta con una fina tela de arabescos naranja y azul añil. Algunas prendas tiradas en el suelo, y todas las paredes pintadas de varios colores, celeste, el techo azul, y un par de paredes en tonos sepia oscuros. Nada más. Esto era lo que había en la habitación de Eve. Recordé su figura, su aspecto fresco, saludable, su brillo interior, el sari azul tornasolado, el pelo de color naranja que le resaltaba el moreno de la piel y sus ojos.

Lo primero que hice fue buscar un portátil en el salón, no tenía ganas de empezar a tocar en un ordenador conectado a la red. Volví a quedarme mirando el holo en la pared, ella y el hombre desnudos. Esta vez, miré con más atención y descaro la figura de Eve.

-Déjalo, Deckard, a lo tuyo –me dije intentando salir del embrujo hipnótico que esa chica me producía. Pensé por un instante en Michelle y volví a sentir una gran presión y un vacío en mi interior.

No encontré ningún portátil. Cuando me iba a poner manos a la obra con el ordenador principal, un pequeño mareo me recordó que llevaba mucho tiempo sin descansar, sin comer. Me miré en un espejo que había entre la cocina y el salón principal. Aparte del aspecto cansado, ése que tienes cuando los médicos te atiborran a potingues, las ojeras estaban peor que nunca y con la frente cubierta por el fibro tenía un aspecto como de grave enfermedad. El pelo estaba revuelto y más brillante de lo normal, de un color negro azabache. Me pareció curioso que ni una sola cana hubiera hecho acto de presencia.

-¿De qué color dije que me lo iba a teñir? -pensé ordenando los cabellos con los dedos a modo de peine-. Ahora no me apetece azul ni nada parecido.

Tenía los ojos enrojecidos, el color avellana estaba como acuoso, al haber estado tanto tiempo sin las lentillas anticontaminación. Pensé que si continuaba así, pronto tendría más barba que El-Abuelo. Seguía sin tener ganas de afeitarme. Sin pensar en nada más, me fui al baño, ajusté la temperatura del agua, puse el automático para que se llenara hasta una altura, me quité la ropa y, con sumo cuidado vi si podía quitarme el fibro de la entrepierna, al ir a quitármelo me di cuenta de que tenía que tirar hacia fuera de la cánula que tenía para orinar. Me dolió, la piel sintética que usaban para las heridas tenía un tono rosáceo pero se notaba que estaba mucho mejor. Al quitarme el fibro de la cabeza comprobé que la herida también iba muy bien, y la banda rosácea indicaba claramente la señal del



corte. Suponía que no quedaría ninguna marca dentro de una semana, si seguía con vida. Desnudo, busqué por algún armario a ver si encontraba más ropa de mi talla, como la que me dio Eve la última vez. Mientras rebuscaba, recordé la sensación de vergüenza que sentí la última vez que estuve aquí, cuando estaba ella y me iba a cambiar de ropa. Encontré una camiseta blanca y unos pantalones de color blanco de neoplástico, supongo que debían ser de su amigo de la foto. Me metí en el cubo acristalado de baño, había calculado mal y el agua era demasiada, pero aún así me metí entre vapores de calor en el agua y la sensación de comodidad era absoluta. Tras los primeros instantes de placer, alargué la mano y puse en una de las esquinas del cubo de baño una vela de incienso y plátano, le di al botón y ésta se encendió.

-Música, cubo "Top Selections 8", volumen 7, audio preconfigurado –dije mientras sacaba la mano fuera del cubo y abría una botella de ginbirra que también había traído de la cocina.

-Querida Michelle, no estás entre nosotros, te has ido. Supongo que tus hermanos se habrán encargado de celebrar la ceremonia oficial del Recordatorio para que tu espíritu descanse donde quiera que éste –un nudo se me hizo en la garganta-. Ya sabes que nunca he querido asistir a los Recordatorios de nadie porque... porque, bueno... el miedo que sentía a la muerte siempre había estado ahí, algo irracional, lo sé, pero inevitable para mí –volví a tragar saliva mientras continuaba-. Quizás éramos incompatibles, quizás teníamos caracteres diferentes, formas distintas de amar, de sentir... de pensar. Pero tu amigo Deckard, desde aquí, se despide de una de las personas que más ha amado y que más injustamente ha tratado. Michelle, te quiero. Descansa en paz.

Tras esto di un buen trago a la botella de ginbirra y metí la cabeza en el agua para que no quedarán rastros de las lágrimas que me recorrían las mejillas.

**Autor: Antonio Moreno Álvarez; Sevilla, España.**

**Quimera. Novela inédita por entregas. Capítulo 9.**

**Hyperespacio Andrómeda. [www.libroandromeda.com](http://www.libroandromeda.com)**

-----  
El autor ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:



-----  
**Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas